España

ORGANO DE LA JUNTA ESPAÑOLA DE LIBERACION

SE PUBLICA LOS SABADOS
Redacción y Administración:
Tacuba, 15
Director: MANUEL ALBAR

PRECIO: 25 CENTAVOS

Registrado como artículo de segunda clase en la Administración de Correos de México, con fecha 22 de febrero de 1944.

Año I | México, D. F., 15 de Abril de 1944 | Núm. 11

FUNDACIÓN PABLO IGLESIAS BIBLIOTECA

XIII ANIVERSARIO

ESPAÑA Y LA REPUBLICA SON UNA MISMA COSA

El XIII aniversario de la proclamación de la República española adviene cuando en algunos países extranjeros que le negaron su ayuda, con lo cual contribuyeron activamente a su ruina, se trabaja subrepticiamente para evitar su resurgimiento, procurando, en cambio, la restauración de la monarquía. Intereses ajenos a los auténticos y privativos del pueblo español se mezclan en la conjura y tratan de impedir lo que, de todos modos, es inevitable: una liquidación histórica y definitiva del pasado de España, en lo que ese pasado tiene de peso muerto y de raíces secas. Para estorbar que España resuelva por sí misma sus problemas se manejan motivos y conveniencias igualmente extraños al razonamiento de los españoles, aunque invocando su interés, con lo que se nos ofende dos veces, porque los españoles, para bien o para mal, sabemos acertar y equivocarnos solos. El fantasma del Comité de No Intervención, creado para favorecer y acelerar el asesinato de la República, se alza de nuevo, pero a la inversa, es decir, para adjudicarse en los asuntos políticos de España una intervención que, con excepción de los serviles que la mendigan, repudiamos abiertamente los españoles. Para el carácter español, y para la dignidad española, ya significó bastante bochorno que la República fuera vencida con armas y ejércitos extranjeros, para que ahora se nos quiera imponer también una restauración monárquica amparada en presiones y tutelas igualmente forasteras.

Para justificar, en lo posible, tales intentos, se aducen los horrores de la guerra llamada civil —que no fué promovida por los republicanos, sino por los monárquicos— y los que sobrevendrían después si la República se reinstalase. Quemas de iglesias, venganzas populares, desórdenes públicos. Así discurren los que no han sentido ninguna inquietud espiritual durante los dos años y medio que duró la guerra, ni, acabada ésta, sintieron ningún remordimiento de conciencia por las persecuciones y matanzas de republicanos, que todavía continúan hoy. Pero no parece sino que la violencia y las disensiones internas sean privativas de España y especialmente vinculadas a la República. La quema de conventos, que tanto alarma a las gentes piadosas, no es de ahora, sino que tiene tradición, aunque exagerada desmesuradamente por el clericalismo, en España. Las hubo reiteradamente en el siglo XIX, cuando no había republicanos, y ese dato debiera hacer sospechar hasta qué punto la Iglesia católica española —sin igual por su zafiedad moral— supo ganarse los odios populares. Pero las persecuciones sufridas por la Iglesia en España —si es que puede llamárseles así— han sido bien leves en comparación con las que sufrieron por culpa suya los laicos españoles e insignificantes si se las mide con las que sufrió en otros países. ¿Fué suave, acaso, la lucha sostenida por el laicismo francés, que empieza con las jornadas terribles de la revolución y se continúa hasta 1906? ¿Fueron blandas, tal vez, las contiendas religiosas de Inglaterra desde que Enrique VIII rompió con el Papado? La Historia está escrita y si alguien puede exigir, con el ejemplo propio, que la evolución de los pueblos se haga sin violencia, no serán, ciertamente, los ingleses, que si ahora viven en un régimen de libertad y respeto admirables, es porque antes hicieron una revolución, degollaron a un rey y sometieron a la Iglesia inexorablemente al poder civil. Hasta el siglo XIX no recuperaron en Inglaterra su plenitud de derechos civiles los católicos. Y los EE. UU., para llegar a su grandeza actual ¿no hubieron de sofocar con una guerra implacable las pretensiones de los Estados del Sur? Todos los pueblos, sin excepción, han conocido la violencia, factor que no ha faltado nunca en los grandes procesos de la Historia. En el tiempo presente, si algún régimen nació sin violencias y ha dado muestra de ecuanimidad, de tolerancia para con el adversario, de respeto para todas las creencias religiosas o políticas ha sido, precisamente, la República española, víctima, si acaso, de su excesiva consideración para quienes la minaban en la sombra, la Iglesia en primer término, no obstante no haber recibido de la República, pese a todas las propagandas posteriores, ni un solo agravio. Con esos títulos, la República tiene derecho de sobra a que no se la juzgue como un régimen de hordas o incapaz de asegurar un estado de convivencia social mediante la estricta observancia de la ley. Es, por el contrario, el único que puede ofrecer tal garantía, sin que para destruir esa afirmación sea válido el argumento de la desunión —más aparente que real— que los republicanos ofrecemos en el destierro. Todas las emigraciones han conocido, y conocen, disensiones como las nuestras, que son fruto inevitable de la derrota. Quien, desde fuera de España, patrocine soluciones políticas que no sean consecuencia directa e inequívoca de la voluntad del pueblo español, podrá encontrar para justificarse cuantos pretextos o sofismas quiera. Razones sólidas, ninguna. Y la voluntad del pueblo español es, ahora con más fervor que nunca, la República.

Los trece años transcurridos no han disminuído ni enfriado el entusiasmo del 14 de Abril de 1931. En todo caso, lo han depurado, lo han hecho más compacto y lo han dotado de mayor sentido de responsabilidad porque la experiencia —sobre todo cuando la experiencia es tan terrible como la nuestra— no pasa sin lección. Y con el propósito firme de recuperarla, sean las que fueren las oposiciones que hayamos de vencer, para lo cual hemos puesto nuestra confianza en la Junta Española de Liberación, saludamos el aniversario de la República, ayer abatida por la traición, y hoy en vísperas de nuevo amanecer por obra de la fe y de la esperanza.

"La unión constituye la fuerza. Es una noción elementalísima de dinámica contra la cual nada tendríamos que oponer, si no hubiera tontos y pillos (los tontos y los pillos distan mucho menos entre sí de lo que vulgarmente se piensa) que pretenden acomodarla a sus propósitos, y que propugnan el acercamiento y la unión de elementos heterogéneos, dispares y contrapuestos, que sólo pueden unirse para estrangularse." — A. MACHADO.

SE ACERCA LA HORA

CUBA

Elección de Directiva en el Círculo Republicano Español de Palma Soriano

El día 14 del pasado mes de marzo tomó posesión de sus cargos la nueva Directiva elegida por el Círculo Republicano Español de Palma Soriano. Forman la directiva los señores siguientes:

Presidente: Fermín Prieto (Reelegido). Secretario: Licdo. Félix Méndez Gracia (Reelegido). Tesorero: Andrés Fornés (Reelegido). Contador: Manuel Mourelo (Reelegido).

Vocales: Antonio Núñez Bouzas (Reelegido). Francisco Jerez Pacheco (Reelegido), y Benigno Díaz Costa.

Continuará de Director de la hora radial, "La Hora de la República Española", el Licenciado Félix Méndez Gracia.

Homenaje a la República

ACTOS CONMEMORATIVOS

En toda América, dondequiera que exista un grupo de republicanos españoles, será conmemorado estos días el XIII aniversario de la proclamación de la República. En México, los actos conmemorativos que se celebrarán el domingo, 16, serán los siguientes:

A las 11 de la mañana, visita al Panteón Español para depositar flores en las tumbas de los republicanos muertos en el exilio.

A la 1 de la tarde se realizará otra visita al monumento de la Independencia, en donde se hará guardia de honor.

A las 2 de la tarde, comida de fraternidad en los salones del Casino Militar. Presidirá la comida don Diego Martínez Barrio, presidente de la Junta Española de Liberación, y los miembros de la misma que se encuentren en la capital. A los postres, don Diego Martínez Barrio pronunciará un discurso definiendo la significación del acto.

Como huéspedes de honor han sido invitados el Presidente de la República, don Manuel Avila Camacho, miembros del gobierno y altos funcionarios, y diversos representantes diplomáticos.

GENIO DE ESPAÑA

Las cantigas de Alfonso X el Sabio

Una modificación a la historia de la música

VI

HISTORIA DEL ARTE MUSICAL MUSULMAN

b) Epoca clásica

Una nueva generación de artistas árabes continuó las mismas tradiciones y pureza de aquel primer sistema artístico, consignó por escrito las noticias que de los primitivos maestros recibiera, compuso nuevas canciones según la técnica precedente y difundió las antiguas y las nuevas creaciones hasta introducir en Bagdad lo que más tarde se llamaría la Escuela clásica de la música árabe.

Estamos en el primer siglo y en el apogeo de la dinastía de los Abasies que reinó durante cinco siglos. Este siglo será, en realidad, de todos ellos, el único de grandeza y prosperidad verdaderas. Como dice de él Ernesto Renan, "el mundo lo añorará eternamente".

La principal figura en los primeros tiempos de esta nueva generación fue Sayat, cantor, tañedor y compositor, discípulo del erudito historiador de la música árabe Yanus el Catib.

El apogeo de la escuela musical árabe coincide con el reinado de Harun Arraxid y sus sucesores inmediatos.

Harun Arraxid, como los emperadores persas, tuvo en su palacio tres categorías, por lo menos, de cantores y músicos. Fueron famosas las fiestas musicales palaciegas que llegó a celebrar, citándose particularmente una en las que 2.000 esclavas cantaron una canción del género "Hezech" (Agani IX, página 84).

Los músicos más distinguidos del palacio de los Abasies, que simbolizaban la mayor pureza, seriedad y perfección del arte musical árabe, fueron Ibrahim el Mosuli y su hijo Ishac. Ibrahim, de familia noble persa, nació en Corfú el año 125 de la Hégira y murió en Bagdad el año 188 (803 de J. C.). Se dice de él que conocía todas las escuelas y estilos, habiendo llegado a componer más de 900 piezas.

Ishac no fue tan buen cantor como su padre, pero tuvo más erudición y conocimientos técnicos, además de ser un maravilloso tañedor de laúd (Agani V, página 49). Se le considera como el último verdadero artista de la escuela clásica; tras él, no hubo semejante. De una agudeza crítica y de un talento artístico realmente extraordinarios, fue el el primero entre los músicos árabes en puntualizar en sus composiciones no solamente los caracteres rítmicos (como hicieron sus predecesores) sino también la velocidad, las notas fundamentales del instrumento acompañante o tono actual y el acompañamiento con sus alternativas y combinaciones (Agani V, página 49). Compuso canciones de música imitativa y fué un defensor ardiente de aquel arte musical severo y ordenado, fundado sobre sabios principios técnicos.

Como cantor extraordinario de aquellos tiempos se cita a Mojarec, que maravillaba y embelesaba a todo el mundo. Su único defecto, según los puristas de la época, era que no cantaba nunca igual una canción, apuntando ya con él, el virtuosísimo ejecutante. En esta nueva generación hubo una verdadera pléyade de cantores y cantoras, pero menos destacados.

La música de Ibrahim el Mosuli tuvo gran influencia en el aspecto instrumental. Dos instrumentistas notables se recuerdan de aquella época: Barsuma, flautista, y Zelzel, tañedor de laúd.

La música gozó en aquellos tiempos de un prestigio inmenso, lo mismo en el pueblo que en las clases más encopetadas. No sólo hubo príncipes que la practicaron, sino, incluso, califas que la compusieron.

c) La decadencia.

Un artista de gran fama fue el príncipe Ibrahim ben el Mahdi, jefe y personificación del decadentismo de la escuela musical árabe, que se destacó por su extravagancia y superficialidad artísticas. Su influencia fue funesta. Con él predomina el gusto de los cantores por la ejecución de las piezas sin ajustarse a los moldes severos de la composición. Sobre esta época dice el Hispahani: "Desde el siglo IX hasta ahora (siglo X), hay dos escuelas: los que siguen las doctrinas de Ishac el Mosuli y los partidarios de Ibrahim ben el Mahdi, tal Mojarec."

Esta decadencia se inicia en Bagdad en el tiempo de mayor entusiasmo por el arte musical, a causa de una hiperestesia, de un afán desmesurado de saciarse de música, que hace perder la noción exacta de lo severo y mesurado que lleva siempre consigo toda forma elevada de arte.

En esta época, el número de canciones era ya elevadísimo. Los antiguos músicos copiadores de música persa y bizantina, se dice que produjeron hasta cien canciones cada uno. Las composiciones ulteriores de los artistas que hemos nombrado, fueron bastante más elevadas. En el momento de la decadencia, se cita el caso de la cantora Bedle cuyo repertorio ascendía a la enorme cifra de 30.000 canciones.

d) Los Tomburies.

Otra señal de decadencia del arte musical árabe de esa época, fue la moda de usar el tombur de Jorasán o bandola, instrumento de dos cuerdas, de escasos recursos artísticos, frente al laud ricamente sonoro, armónico, de difícil ejecución. Fueron tantos, al parecer, los tañedores de bandola, que se escribieron numerosos libros acerca de ellos. Primeramente, este instrumento fué popularísimo entre el pueblo, pero terminó compitiendo con el laúd en los alcázares de los propios califas. La música practicada por los tomburies era del mismo tecnicismo y de los mismos géneros rítmicos de la anterior, pero de un arte menos complicado, más romántico y exterior.

En resumen, el arte sencillo y severo de la escuela clásica terminó descomponiéndose y corrompiéndose por un afán desmedido, de fácil originalidad y de virtuosismo pedante y caprichoso.

Esa es la perspectiva, inesperadamente interesante y bella, que nos ofrece el arte musical del pueblo árabe hasta el siglo X de nuestra era. A partir de este instante la decadencia irá precipitando su acción destructiva hasta la desaparición total de todo principio y germen de aquella gloriosa tradición musical cuyo grandioso esplendor en el palacio de Harun Arraxid puede parangonarse con el de las más brillantes épocas de la historia de la música.

SINESIO URRESTARAZU

MENSAJE DE SIMPATIA Y ADHESION

El atentado contra el Presidente

Con motivo del atentado contra el presidente Manuel Avila Camacho, afortunadamente fallido, la Junta Española de Liberación ha dirigido al primer magistrado de México el siguiente comunicado:

"General de División Manuel Avila Camacho: En nombre de cuantos partidos políticos hállanse directamente representados en la Junta Española de Liberación y de cuantas organizaciones están a ella adheridas, felicitámosle por haber salido ileso del atentado y por la sangre fría demostrada en el gravísimo trance, merced a la cual salvó su vida y libró a México de dañosos trastornos. Ayer se evidenció de nuevo que el fanatismo constituye una peligrosa dolencia que a nadie le es lícito explotar en favor de ninguna tendencia política, social o religiosa, debiendo, por el contrario, contribuir a contenerla en sus efectos perturbadores."

Diego Martínez Barrio, presidente; Alvaro de Albornoz, Antonio María Sbert, Félix Gordón Ordás, Carlos Esplá, Alejandro Otero y José Mascort, vocales, e Indalecio Prieto, secretario.

FALANGISMO MILITANTE

El Control Sobre la América Latina

Desde hace algunos años, España ha vuelto los ojos a la América hispana con la esperanza de resucitar el antiguo imperio español mediante una nueva unión con sus antiguas colonias. España no tiene ninguna importancia económica para la América Latina. El movimiento de su comercio de exportación e importación con las veinte repúblicas latino-americanas combinadas no excede de diez millones de dólares, y supone tan sólo poco más de 0,5 por ciento del total del comercio latinoamericano. Pero España pretende llevar a la América Latina la promesa de una renovación espiritual con los ideales de la *Hispanidad* o hispanismo, que unirían a los pueblos de habla española en una gran comunidad mundial.

De conformidad con el programa oficial de los falangistas y con las declaraciones del General Franco y otros dirigentes, España ha de convertirse nuevamente en un gran imperio. El nuevo Imperio Español ha de basarse en el poderío marítimo y aéreo y debe abarcar toda la América Latina, unida a él por el "triple lazo del pasado, el presente y el futuro", por el lenguaje, la tradición, la religión y la cultura. El nuevo imperio español ha de crear unidad de espíritu, unidad de economía y unidad de poder, acabar con el "monroísmo" y dar "el mundo español" a los españoles.

Los apóstoles españoles de la *Hispanidad* se valen de todos los medios a su alcance para hacer saber a los pueblos de América del Sur que no son meramente bolivianos, peruanos, chilenos, etc., sino también miembros del cuerpo místico de la *Hispanidad*. En esta campaña, la Falange cuenta con el apoyo de la Iglesia Católica, dominante en América del Sur y en España. Ya en 1934, el Cardenal Gomá y Tomás, hablando en Buenos Aires, hizo una gran alabanza de las ideas de la *Hispanidad*. El Cardenal exhortó a los países sudamericanos a que volviesen la vista a España y se alejasen de las amenazas del "monroísmo, estadismo, protestantismo, socialismo y del mero mercantilismo." Deploró la separación de las colonias de España, cosa que atribuyó al "prurito de ensayar nuevas formas democráticas de gobierno", y declaró que la democracia estaba agonizando y no estaba en condiciones de "servir de base para la hispanidad y para moldear al pueblo de la raza en una gran unidad para la defensa y la conquista."

Algunos exponentes de la *Hispanidad* van aun más lejos. En un libro titulado "*Qué es "Lo Nuevo"*...", obra que se considera como una exposición completa de la naturaleza y fines del fascismo español, José Pemartín afirma que uno de los imperativos de la existencia española es "extender, expansionar nuestra Gran Cultura Hispánica, Latina, Cristiana y nuestro maestrazgo político, sobre todo, por aquellos países sudamericanos de Alma y Lengua Hispánica Ibérica." Los Estados Unidos han de ser traídos a la órbita panhispánica. Dice: "Si salimos del punto de vista exclusivamente europeo para alcanzar a la esfera de lo mundial, allá en América está seguramente reservada a la en apariencia débil y "atrasada" Hispano-América la noble misión que incumbe a la Latinidad en Europa: la conversión de Norte América al catolicismo. Esto parecerá tal vez una fantasía imposible a algunos espíritus superficiales. Piénsese, sin embargo, qué fácilmente se han derrumbado, desde el *Crack* de Wall Street en noviembre de 1929, la prosperidad material de los Estados Unidos y su ya antes bajo nivel moral; piénsese también en este, no Nación, sino inmenso conglomerado de pueblos y razas que son los Estados Unidos bajo la depresión moral de la derrota que les ha de infligir el Japón tarde o temprano."

A despecho de todo este lenguaje grandilocuente, las perspectivas de la *Hispanidad* son muy limitadas. El espectáculo de una España empobrecida y desgarrada soñando en un imperio mundial es una de las mayores ironías de la Historia. Confiar en la creación de un imperio a base de que un gran continente sacrifique voluntariamente todas sus realizaciones y esperanzas económicas y sociales, es una manifestación de un sueño imperialista sin par en la historia.

Lewis L. LORWIN

PROBLEMAS DE CONCIENCIA

Sería un acto de misericordia destruir a este animal que está tan malherido . . .

"MEDITERRANI"

Primorosamente editada, ha empezado a publicarse la revista "Mediterrani", órgano literario de la Casa Regional Valenciana de México. Figuran como director de ella Marín Civera y como redactores Francisco Alcalá, Antonio Deltoro, Fernando Valera, Juan B. Climent, Juan Estellés y José M. Vázquez. La gerencia la desempeña Enrique Cerezo. En su trabajo de presentación, "Mediterrani" dice: "Desde esta tierra mexicana, amparo de los hombres sin tierra y destierro con plenitud, cuyo agradecimiento y recuerdo perdurará eternamente en los españoles libres, haremos oir la voz de Valencia. . ." Y, cumpliendo el enunciado, el primer número inserta interesantísimos de Benjamín Jarnés, Marín Civera, Carlos Esplá, Fernando Valera, Juan Estellés, Carlos Pellicer, Enrique Cerezo, F. Alcalá Llorante, Marcelo Jover, José Manaut Nogués y J. Miquel Ylario, además de varias notas editoriales sobre libros, artes, etc.

Nuestro saludo amistoso a la nueva publicación.

HOMBRES DE ESPAÑA

FRANCISCO DE GOYA

I

Nuestra filial visita a Goya. Periódicamente, hay que saludar al gran baturro. Y hoy vamos a hacerlo en compañía de Carlos Baudelaire, el poeta más sensitivo, más profundo, más original, del siglo XIX, el agudo crítico de la pintura de su tiempo, fervoroso apologista de Goya, enamorado de "Los caprichos", de aquella sorprendente pintura "negra", sabia encrucijada en que se dan cita dos mundos: el visible y el fantástico. Nunca lo fantástico pudo confundirse —tan magistralmente— con lo arquitecturado, con lo creado por la imaginación. (Y no queda tiempo para explicar diferencias, límites.)

Para Baudelaire, Goya había inventado "monstruos verosímiles". Monstruos —decía— "armónicos". Goya en esa pintura nabía resuelto el problema del descendimiento a los infiernos sin perder contacto con los hombres vivos.

Su mundo estaba lleno de seres cuya filiación podían disputarse la mitología y el absurdo. Pero sólo Goya podía hacer que no perdiesen, una y otro, el sentido humano. "Todas sus contorsiones —dice Baudelaire—, sus caras bestiales, sus gestos diabólicos están penetrados de humanidad. Ni aun desde el punto de vista particular de la historia natural sería fácil condenarlos, tanto hay de analogía y de armonía en todas la partes de su ser. En una palabra, la línea de sutura, el punto de unión entre lo real y lo fantástico, es imposible de atrapar: es una vaga frontera que el analista más sutil no podría trazar, así es su arte a la vez natural y trascendente."

II

Es Goya, en suma, un gran constructor. Es un formidable arquitecto de la pintura. ¿Construía soñando? Construía en plena embriaguez vital. En él hubiera podido ver Nietzsche un ejemplar de aquel hombre apolíneo-dionisíaco que algún día bosquejó en su "Voluntad de dominio". Porque nuestro pintor era un hombre orgiástico, sin dejar de ser un potente dominador de la línea, del freno.

Voluptuosidad en el derroche de fuerzas; pero también en el ritmo con que fluyen de la inagotable fuente creadora. Es Goya un superhombre de la pintura, porque en la cumbre de su poder imaginativo, de su vehemencia creadora, sabe sentarse a jugar con muñecos.

Modela impetuosamente un adorable fragmento de realidad, y crea "La maja". Pero le sobran energías que invierte en poblar un mundo aparte, que llena de muñecos luminosos o sombríos, de figuras encantadoras por su luz o por su sombra, inquilinos del día o de la noche. Así pinta la muchacha de "El quitasol", así pinta sus brujas. Es el príncipe de todos los llamados "monstruosismos".

III

A Goya le sobran dotes para ser el primer humorista de su tiempo, sin dejar de ser el primer emotivo, el primer romántico de su tiempo. Romántico en el mejor sentido: el poético. El crudo realismo español ¿no pierde en sus manos toda sequedad, sin perder ímpetu? ¿No se hace delicado, no entra en los dominios de la elegancia, de la gran aristocracia espiritual? "Porque la elegancia procede de la claridad en las formas" —decía Joubert—. Y Goya disfruta de la claridad de los genios.

Aun en esa pintura donde prefiere jugar con sombras nocturnas, con espectros delirantes, Goya es claro, preciso, arquitecto admirable de sus propias alucinaciones.

Porque una obra de arte debe ser ante todo un organismo, jamás un ente arbitrario. Con sus proposiciones, sus fines, sus alusiones, su carácter general, su médula y su atmósfera. Goya puebla un mundo delirante con inquilinos de perfecta anatomía artística. También en el mundo de "los caprichos" rige un severo código.

Oigamos de nuevo a Baudelaire, el poeta de los negros ensueños: "Sin duda —Goya— se sumerge frecuentemente en lo cómico feroz y se eleva hasta lo cómico absoluto, pero el aspecto general bajo el cual ve las cosas es, ante todo, fantástico, o más bien la mirada que arroja sobre las cosas es una interpretación naturalmente fantástica. Sin dejar de ser —profundamente— humana. Son siempre hombres y mujeres los "muñecos" de Goya. "Los caprichos" son una obra maravillosa, no sólo por la originalidad de las concepciones, sino también por la ejecución, como por su lección de humanidad."

IV

Pasemos nuestros ojos por uno de esos salones donde la pintura actual pretende, más que seducirnos, sorprendernos... No vamos a disminuir sus méritos, indudablemente los tiene. Pero sí podemos preguntar: ¿Hay verdaderamente un hombre detrás de este cuadro? ¿Un hombre en contacto con la crespa y febril historia contemporánea, con la Humanidad hoy tan conmovida por sus hondos problemas?

La respuesta —en la mayoría de los casos— sería poco satisfactoria. En vez de un gran hombre, al menos un hombre sensible a las inquietudes de su tiempo, tropezaríamos con un malabarista de sensaciones pictóricas, gracioso o desgraciado, con éxito clamoroso o sin él; esto nos importa poco. Y educar a los hombres es pintarlos como son. Y educar "plásticamente" a los hombres, exaltarlos, corregir sus defectos de visión, de estimación del mundo de las formas, no es precisamente faena de un malabarista de sensaciones, es faena, al menos, de un hombre leal consigo mismo. Cuando no podamos contar con un genio. En Goya vemos siempre al gran hombre y al artista que domina dos técnicas, la de reproducir —transfigurando— el mundo, por medio del color, y la de ponerle su sombría intimidad al descubierto, para hacer de ella un espectáculo y una lección.

Goya representa a la historia de la cultura general de España. Y en pintura, a mi entender, lo más sobresaliente del arte español de todas las épocas. Por su conocimiento de los hombres, por el agudo sentido de su tragedia, y de su comicidad.

V

"Los caprichos" han de sorprender siempre a un hombre, a un curioso, a un "amateur", aunque no tenga noción alguna de los hechos históricos, de las figuras, a que alude aquella pintura, aquel dibujo. Un sencillo espíritu de artista que no sabe quién es Godoy, ni el rey Carlos ni la maja, sentirá siempre en el fondo de sí mismo una viva conmoción ante la manera original, ante la plenitud, ante la certeza de los medios del artista, sumergido en la atmósfera fantástica que empapa todos sus temas.

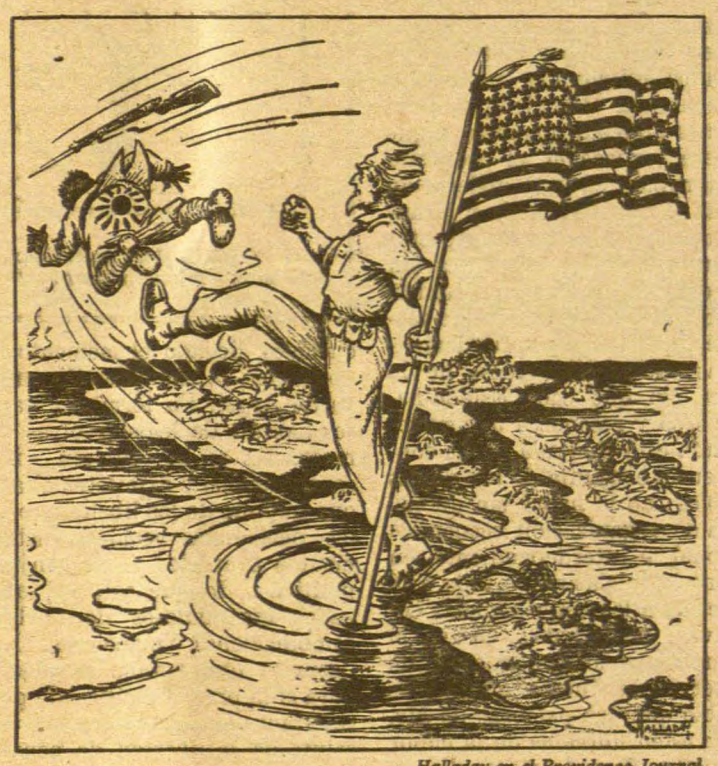
"Por lo demás —añade— hay en las obras nacidas de profundas individualidades algo que se parece a estos sueños periódicos o crónicas que atacan regularmente nuestro sueño. Esto es lo que señala el verdadero artista, siempre durable y vivo aun en sus obras fugitivas, por decirlo así, pendientes de los sucesos, que llamamos caricaturas. Esto es, repito, lo que distingue las caricaturas históricas de las caricaturas artísticas, lo cómico eterno."

Es esto, quizá, el elogio más alto que haya podido escribirse de Goya. ¿No aparece así como el primer satírico del mundo? Con el pincel no se llegó a tan profunda caricatura de los hombres, de sus bajezas, de sus humillaciones, de su soberbia o abyección.

En este sentido, Goya es algo más que un pintor, es un maestro en el arte de enseñar a conocer al hombre. Es un genial pedagogo, cuyo palmetazo sarcástico deja huellas perdurables. Es el sucesor de Marcial.

Benjamín JARNES

TIO SAM SE EXPLICA



Halladay en el Providence Journal.

Sigue la barrida

EVOCACIONES

LA ESPAÑA DE AYER Y LA DE MAÑANA

Viene a nuestro recuerdo el grandioso y memorable acto celebrado en la Plaza de Toros Vista Alegre, de Bilbao, el día 9 de abril de 1933, con asistencia y participación de los señores Azaña, Prieto y Marcelino Domingo, magnífica expresión del espíritu democrático que animaba al pueblo español, que puede servir de oportuno recordatorio a todos los que ahora, y fuera de España, parecen haber ignorado, o simulan ignorar, cómo pensaba y sentía una masa, con la cual pretenden operar y especular quienes jamás ejercieron sobre ella ningún predominio ni sugestion alguna.

Aquella inolvidable jornada nos produjo tan honda emoción que hoy, al recordarla a través del tiempo y del espacio, sentimos caricias de fervor y latigazos de pasión. Una impresionante muchedumbre aclamó, con expresiones de delirio, a tres gigantes, a tres titanes de la oratoria en los últimos tiempos: don Manuel Azaña, don Marcelino Domingo y don Indalecio Prieto. Más de cincuenta mil personas, de todas las clases y condiciones sociales, aclamaron entusiásticamente y proclamaron su adhesión inquebrantable a tan genuinos representantes de una España que por entonces "tenía pulso" y que volverá a tenerlo con igual ritmo.

Hombres ennegrecidos por las columnas de humo que vomitaba el bosque de chimeneas de las grandes factorías metalúrgicas del Nervión; hombres de tez amarillenta, como tallados en arcilla, procedentes de la zona minera, emporio de riqueza aprisionado por unos cuantos capitalistas y cuna humilde de un socialismo precursor; hombres fornidos y morenos, quemados por las brisas yodadas del rebelde Cantábrico, llegados de los puertos pesqueros... Todos iguales y todos agrupados alrededor de los tres gobernantes que supieron llegar al corazón de las gentes, más que con la elocuencia de sus palabras, aun siendo mucha, con la fe que inspiraban su talento, su conducta y su ejemplo.

Ya no sería posible recoger en una fotografía los rostros jubilosos de todos los concurrentes. Muchos han desaparecido. Cayeron para no levantarse más, o agobiados por el peso de los años o despedazados por la metralla, acribillados a balazos... De los tres oradores que dignificaban la tribuna en aquella fecha, dos de ellos también pagaron su tributo a una dolorosa expatriación. Con ser tan grave la pérdida, no importa. Los dos supieron abrir surco profundo en mentes áridas y corazones resecos y derramaron generosamente la germinante semilla de su idealismo.

El otro —Prieto—, para bien de España y de la República Española aún sigue, trazando imperturbable su luminosa trayectoria de luchador indomable, en el puesto de mando, que es puesto de sacrificio, al lado de otros hombres que han aceptado la responsabilidad histórica de recuperar España para los españoles.

Salvo aquellos que hayan perdido la sensibilidad en cafés chinescos, en tertulias sintéticas o en las gradas de El Toreo, nadie recordará sin emoción el espectáculo impresionante que ofrecía la Plaza de Toros de Bilbao el 9 de abril de 1933, cuando más de cincuenta mil personas juntaron manos y corazones para proclamar su fe en aquellos hombres representativos de la verdadera España republicana, de la España que derramó su sangre en los campos de batalla, de la España que sufre, hambrienta y atenazada, de la España que arrastra su miseria por diversos países hospitalarios.

Así pensaba y sentía España. Y mientras no se demuestre lo contrario, seguiremos creyendo que así sigue pensando y sintiendo, y no como caprichosa y maliciosamente pretenden hacernos ver que piensa y siente el coro de inadaptables que, lo mismo en España que en México, jamás lograron agrupar en torno suyo arriba de media docena de vociferadores estridentes.

Julio COTERILLO

A causa de suspenderse los trabajos, durante varios días, con motivo de las festividades de Semana Santa, en los talleres donde se imprimía ESPAÑA, nuestro semanario no pudo publicarse el día 8 del corriente mes. Sirvan estas líneas de explicación y disculpa.

notas de la SEMANA

ECOS DEL PASADO

Refiriéndose a los problemas de la postguerra, Mr. Anthony Eden ha dicho que todos los pueblos tendrán derecho a dejar oír su voz en las discusiones de la paz, pero deben ser y serán las grandes potencias las que tengan mayores derechos, de acuerdo con su mayor fuerza y responsabilidad. Juzgadas en su sentido literal, las palabras del ministro inglés se atienen a una lógica elemental que nadie tratará de negar. Pero hace ya mucho tiempo que la experiencia nos enseñó a leer en los textos de la diplomacia no lo que se dice, sino lo que no se dice. ¿Hay algo qué descubrir en las manifestaciones de Mr. Eden? Por lo pronto conviene aclarar que lo sustancial para los países que no alcanzan rango de gran potencia, no es tanto el derecho de hacer oír su voz como la seguridad de que su voz será escuchada. Ese derecho también les estaba reconocido en la extinta Sociedad de Naciones y, sin embargo, nunca la opinión de los países pequeños pesó nada, ni resolvió nada, ni fué tenida en cuenta para nada. Obligados por una realidad creada a extramuros de la Sociedad de Naciones y que implicaba, en puridad, su falseamiento, los países de segundo y tercer orden tenían que resignarse al papel inocuo y humillante de satélites de las grandes potencias, en cuya órbita giraban sin voluntad propia. Mientras en la Sociedad de Naciones se representaba de cuando en cuando la mascarada de sus reuniones plenarias, las grandes potencias trataban entre sí y decidían, con arreglo a su interés, el destino de la política europea. La responsabilidad más grave en esa política, generadora de todas las desdichas presentes, le corresponde a Inglaterra, aferrada a su sistema de equilibrio que le consentía, sin riesgo aparente dirigir la política del continente europeo inclinando su influencia, nunca sometido a normas fijas, del lado que mejor convenía a las exigencias británicas. Esa táctica hipócrita culminó en la guerra de España con aquella monstruosa invención del Comité de No Intervención, después de haberle prohibido a Francia que cumpliera sus compromisos con la República española. De poco servía que los representantes republicanos llevasen periódicamente ante la Sociedad de Naciones el dolor de España y la prueba del crimen que con ella se cometía. En el silencio glacial de las grandes potencias —con excepción de Rusia— y en la resignada conformidad de las demás —con excepción de México— su voz no hacía eco. Así se consumó la mayor injusticia histórica de la era moderna.

El fracaso del sistema está, sangrante, delante de nuestros ojos, y la trágica lección ha sido aprendida por muchos. Pero ¿ha sido lo bastante asimilada para estar ciertos de que no se repetirá? Las palabras de Mr. Eden, subrayando algunos sucesos que la actualidad política nos va brindando a la meditación, suscitan en nosotros no pocas alarmas. ¿Va a intentarse un sistema de federación internacional, de responsabilidad común y de solidaridad económica, o se aspira a resucitar el pasado bajo el triunvirato tutelar de Inglaterra, EE. UU. y Rusia? Sobre ser insuficiente, esa unión de las tres grandes potencias ni siquiera ofrece garantías de solidez en sí misma. Por el contrario, fácilmente se advierte que cada una de las tres naciones piensa en su interés con independencia del de las otras dos, y ninguna de las tres piensa en el interés general de los demás pueblos sino en la medida que se identifica con el suyo propio. Anticipemos desde ahora que por ese camino no se irá al asentamiento de la paz futura, sino a la generación de nuevas desventuras. No habrá paz estable y provechosa sin la previa aceptación del principio federativo. Federación mundial y federación regional, o de naciones ligadas por intereses y vínculos espirituales o culturales comunes. Por ejemplo ¿qué razones podrían oponerse a que tuviera realización el propósito de agrupar en una federación latina a España, Italia y Francia, solidarias en tantos aspectos de su vida? No habrá paz sin una democracia efectiva, impuesta obligatoriamente si fuere menester, que tenga por fundamento las cuatro libertades; no la habrá sin que cada Estado-nación sepa y reconozca que su soberanía está limitada por la conveniencia conjunta de los demás pueblos; no la habrá sin un sistema de organización económica racional e interdependiente, en el que la iniciativa privada está sometida a las conveniencias colectivas; no la habrá, en fin, si el imperialismo económico ha de conservar sus fueros actuales. Es posible que las palabras de Mr. Eden estén nutridas de la mejor intención. Pero detrás de ellas se alza, demasiado visiblemente, el fantasma de un pasado al cual en ningún caso se puede volver.

LIBERTAD Y HONESTIDAD

La Asamblea Consultiva del Comité Francés de Liberación, que funciona en Argel, obediente al ritmo enérgico y activo que el general Charles De Gaulle ha sabido imprimir al movimiento liberador francés, se ocupa estos días de estructurar la legislación para la prensa cuando Francia sea recuperada y la República restablecida. Recogiendo experiencias y principios que se habían hecho patentes en los últimos años, la futura legislación francesa tenderá a evitar severamente que los periódicos puedan estár sometidos a influencias económicas extranjeras; a impedir que, mediante la concentración de varios periódicos —como venía ocurriendo en no pocos países— en una sola mano, la prensa constituya un poder nocivo para el libre ejercicio de la democracia, y, por fin, a coartar la difamación escrita, arma que tantas veces se ha utilizado en las columnas de los periódicos como argumento político y que en la prensa reaccionaria era habitual. No sólo en la de Francia. Quien recuerde las injurias y los insultos, incluso invadiendo la vida íntima, de que en España fueron víctimas los gobernantes republicanos, comprenderá perfectamente lo acertado de las medidas que se propone traducir en leyes, llegado el momento de aplicarlas, la Asamblea Consultiva de Argel. En términos parejos habrán de legislar otras democracias si no quieren vivir constantemente expuestas al ataque impune de los libelistas o de los periodistas venales, instrumentos propicios de la conjura política o, lo que es peor, abogados escandalosos de turbias combinaciones financieras. Las licencias que antaño reclamaba para sí la prensa política de partido, invocando el principio absoluto de la libertad de pensar, no puede invocarlo la prensa mercantilizada de hoy, que sólo por ironía puede ser llamada, en la mayor parte de los casos, vehículo de la expresión pública. Los verdaderos órganos de opinión pública no son los periódicos, dígase cuanto se quiera en contrario, sino los partidos policracia, naturalmente, es efectivo, y no un simulacro, como a veces sucede. Los periódicos contribuyen, si acaso, a formar la opinión pública en un momento determinado, pero también contribuyen, cuando así conviene a los intereses de la empresa correspondiente, a deformarla. Y en esa alternativa está el peligro del periódico mercantilizado. Los republicanos españoles sabemos algo de eso.

Lo que ninguna legislación democrática podrá hacer jamás será prohibir o cercenar siquiera la libertad de expresión política, por acerva que ésta sea, y lo que ningún gobernante podrá considerar lícito nunca es amordazar a la prensa para hacer silencio en torno a las torpezas de Winston Churchill, a nadie le sorprende que en periódicos y discursos se le censure, a veces agriamente. Al revés, se estima natural esa libertad, y hasta necesaria si se tiene en cuenta que forma parte sustantiva de la conciencia política de Inglaterra. Jamás se le ocurriría a Winston Churchill, por ejemplo, o a un embajador de la Gran Bretaña, formular protestas ni quejas por los juicios que, acerca de la política inglesa, pudieran hacerse. Porque si el gobierno de la democracia, para ser eficaz, necesitará corregir muchas de sus viejas concepciones, superadas por la experiencia, y aligerar de mucho peso muerto la maquinaria del Estado, nunca podría hacerlo con merma de las libertades fundamentales de la democracia. La de pensar y decir lo que se piensa es la primera de ellas y la que constituye la sal de la vida colectiva civilizada. No ha pasado siglo y medio de luchas continuadas por ese gran don de pensar y opinar libremente para aceptar ahora que nadie pueda ponernos sobre la boca la cruz del silencio.

LAS RESERVAS

—"Heil Hitler! Aquí están los papeles del muchacho inscribiéndole en el servicio militar . . ."

su política. Eso sólo puede acontecer en países de régimen dictatorial, y sólo pueden tolerarlo pueblos sometidos. En Inglaterra, que en ese, como en tantos otros aspectos de su vida política, ofrece lección admirable, el solo intento de estrangular la libertad de expresión produciría un alzamiento popular inmediato. Ahora mismo, en plena guerra, como cuando en 1941 se cernía sobre Londres la trágica lluvia de fuego de los aviones alemanes, no hay ni un solo inglés a quien no le esté permitido manifestar públicamente su criterio, atacar al Gobierno por los actos de su política, o defender, si así le place, las teorías más radicales y originales sobre los temas de su preferencia. No obstante el prestigio inigualado de que goza el primer ministro

BRACEROS MEXICANOS

Hace tiempo qeu el gobierno del general Manuel Avila Camacho, obligado por las discriminaciones raciales de que se hacía objeto a los mexicanos en los Estados del sur de los Estados Unidos, prohibió la emigración de braceros a esas regiones de la vecina república. La prohibición, según ha podido saberse recientemente, ha traído como consecuencia una emigración clandestina que se traduce en una explotación infame de los braceros. Se les explota, merced a un servicio perfectamente montado, en las dos orillas del río Bravo. En la de aquí los toman por su cuenta los encargados de hacerles pasar el río burlando la vigilancia de la frontera. En la de allá, los braceros caen en las manos rapaces de los propietarios del sur que, aprovechando la situación de absoluto desamparo en que se encuentran los emigrantes, y amenazándoles con entregarlos a las autoridades norteamericanas, los obligan a trabajar en las condiciones que ellos fijan y sin otra ganancia que un mísero condumio. He aquí cómo la esclavitud no está abolida del todo en norteamérica, por lo menos en algunos Estados fronterizos. Los mexicanos han sustituído a los negros, eso es todo, pero el sistema es el mismo, con la ventaja, ahora, de que al mexicano puede despedírsele, sin ley que lo proteja, una vez acabada la tarea urgente, como sucede, mientras que el esclavo negro había de ser alimentado durante todo el año. Todo eso se hace en un país cristiano, que se dice representante de la democracia —y lo es, a pesar de todo— y aspirante a trazar en la postguerra normas de vida para los pueblos. Dos factores intervienen para que tan vil explotación del hombre por el hombre se produzca. El uno es el materialismo económico, más fuerte, casi siempre, que todos los principios morales y religiosos; el otro es la diferenciación racial. Admitido que el hombre de color es inferior al hombre blanco, y resuelto que el mexicano, como descendiente de indio, es hombre de color, la conciencia de los propietarios sureños está exenta de remordimiento y escrúpulo. Obra como producto que es de una raza elegida, ejerciendo derechos naturales que le dan señorío sobre razas de inferior condición. Si el tema no fuera tan triste, la historia de los EE. UU. nos suministraría material inagotable para hacer ensayos de ironía acerca de la pureza de las razas, y sobre todo de la pretendida raza yanqui. Pero no es eso lo que nos importa, sino poner en evidencia el bochorno moral que significa para un pueblo tan grande un proceder tan ruin. Juzgada a través de los propietarios texanos, la política de buena vecindad es un sarcasmo atroz y una mofa a las normas elementales de la convivencia humana. Verdad es —y volvemos a nuestro comentario de antes— que todo se justifica con la invocación de las preeminencias raciales, en cuya cúspide están, por lo visto, los ilustres terratenientes del Estado de Texas. Pero ahora nos viene al recuerdo el sucedido de aquel profesor que, de visita en un colegio norteamericano, y habiendo querido hacer un cálculo de los cruces de sangre operados en la formación de la república gigante, hizo levantar sucesivamente a los americanos-italianos a los americanos-alemanes, a los americanos-franceses, a los americanos-holandeses, etc. Al fin, el profesor demandó: "Ahora, que se levanten los americanos aborígenes." Y se levantaron seis mulatos. Tal vez sean descendientes de aquellos seis mulatos los que ahora tratan así a los infelices braceros mexicanos . . .

POLITICA INTERNACIONAL DE ESPAÑA

III

La República de 1931 se encontró a su advenimiento con el tratado secreto entre España e Italia, firmado por Primo de Rivera y por Mussolini, tratado defensivo entre las dos monarquías —mejor dicho, entre las dos dictaduras—, que ponía eventualmente a disposición de Italia las islas Baleares, y cuya finalidad principal era si no la expulsión de Inglaterra del Mediterráneo, la reducción de la potencia británica en dicho mar al límite posible. Políticamente, significaba un acto de solidaridad monárquica y dictatorial, y en el orden internacional encubría, además de la hostilidad a Inglaterra, las todavía disimuladas ambiciones de Italia con respecto a Francia. Con este acuerdo de las dos dictaduras latinas comenzaba a prepararse el campo de la futura gran lucha entre las dictaduras y las democracias en Europa. Ni que decir tiene que, como era, no ya lógico, sino obligado, la República Española dió semejante tratado por nulo e inexistente. Pero, habida cuenta de las circunstancias en que la política internacional se desenvolvía, ¿era esto bastante en el momento de nacer la segunda República Española?

La revolución española, glorioso monólogo de 1812, dueña de sus destinos mientras Europa riñe su descomunal batalla con Napoleón, tiene la desgracia de reproducirse cuando ya los reyes están de vuelta de su triunfal cacería del ogro. 1820 —alzamiento de Riego en Cabezas de San Juan y proclamación de la Constitución de 1812— es en Europa el momento de la reacción legitimista y el tambor monárquico, y al cabo de "los tres mal llamados años", la Santa Alianza aplasta a la libertad español con "los cien mil hijos de San Luis". Desde entonces, todos los momentos de afirmación de la libertad española coinciden con momentos más o menos señalados de la reacción europea. La revolución municipalista de 1840 tropieza con la Francia doctrinaria de Luis Felipe, de una reacción mansa y corrompida, mucho peor que la autoritaria de los Borbones, y es en París donde conspiran los generales moderados y se prepara la sublevación de 1843 contra Espartero. La furiosa reacción que sigue en toda Europa a "las tormentas del 48" permite a Narváez llevar la suya hasta los mayores desenfrenos represivos. La revolución de 1854, que desemboca en unas Constituyentes fracasadas, ametralladas y disueltas por O'Donnell, se produce en medio de una Europa cuyo signo es el de Napoleón III, que acaba de triunfar en su golpe de Estado. Y si la revolución de 1868 coincide en sus comienzos con un momento revolucionario en Francia, la República de 1873 adviene en medio del horror que tanto a la Europa monárquica como a la republicana Francia inspiran las agitaciones de la Internacional, cuando aun no se han olvidado los días de la "Commune" y la política internacional va a desenvolverse durante unos lustros bajo el signo de Bismarck.

La Europa de 1931 dista mucho de ofrecer a la República Española naciente un panorama tranquilo y alentador. Es una Europa más bien sombría, en cuyo cielo se agolpan ya las nubes que habrán de descargar antes de una década. Italia se halla en plena dictadura fascista. Hitler se acerca al poder en Alemania y toda la Europa culta conoce ya el siniestro programa detallado en el "Mein Kampf". En Inglaterra gobierna, al frente de lo que se llama laborismo nacional, el socialista Mac Donall, excelente "tory", de la mejor cepa conservadora escocesa. En Francia, después del fracaso del "cartel" de izquierdas, se suceden los Gobiernos de derecha o centro-derecha, y en el momento en que la República nace, el primer ministro es Laval. Las izquierdas obtienen periódicamente triunfos electorales más o menos importantes, pero las mayorías se desplazan enseguida hacia la derecha. La democracia francesa, arrollada por los "hombres fuertes" —después de Poincaré, Tardieu—, sólo tiene por instrumento el violoncello pacifista de Briand. Este es el panorama internacional que se ofrece a la joven República Española. Y aún falta, para completar el cuadro, una nota. En la misma Península, a la espalda —mejor, al costado izquierdo—, la dictadura de Carmona y de Oliveira Salazar.

Pero la República Española tiene en sus destinos una confianza ingenua. "España —dice el artículo primero de la Constitución de 9 de diciembre de 1931— es una República de trabajadores de toda clase que se organiza en régimen de Libertad y de Justicia". Y los artículos sexto y séptimo proclaman: "España renuncia a la guerra como instrumento de política internacional. —El Estado español acatará las normas universales del Derecho internacional, incorporándolas a su derecho positivo". Renunciar a la guerra, acatar las normas del Derecho internacional... ¡Bello ideal en medio de la Europa de Mussolini y de Hitler, de Brüning y de von Papen, de Pilsudsky y de Dollfuss, cuando ya habían desaparecido prácticamente o estaban expirando todas las Repúblicas de la postguerra!

En mayo de 1932 alcanzan un gran triunfo electoral las izquierdas francesas y vuelve a ser primer ministro Herriot. Gran republicano, honra del radicalismo. Noble espíritu, que ha dedicado sus ocios a estudiar la vida, plena de belleza, de madame Recamier y la atormentada y gloriosa de Beethoven. El gran orador ama la música como la amaba Napoleón, para quien el poder no era —tal, al menos, él decía— sino lo que el violín para el virtuoso: ansia de posesión para engendrar armonías. Herriot, de la estirpe de aquellos republicanos franceses que se reunían en Congresos de la Paz y soñaban con la Federación Europea, tiene, tal vez, algún pensamiento con respecto a la República Española; siente, cuando menos, la curiosidad de conocerla de cerca. Y el embajador Herbette le prepara un viaje a Madrid. La estación del Norte, donde le espera el elemento oficial, se halla casi desierta. En las comidas del Palacio Nacional, etiqueta y rigidez. Banalidades en el salón de la embajada francesa, donde el hombre de Estado se aburre, sin duda, y el "amateur" se inclina sobre el piano. En todas partes extremado ambiente de reserva, como si se temiera una asechanza. Se diría que se juega con él al escondite. En la despedida, desquite popular y gran manifestación en la estación del Norte. El primer ministro de Francia estrecha las manos de sus correligionarios españoles, hombres del pueblo a quienes regala pipas como la que él, fumador sempiterno, no se quita de la boca. Y el convoy parte lentamente, entre aclamaciones y vítores.

Un fracaso, que estuvo a punto de costarle la embajada a Herbette, a quien los intelectuales de izquierda de Madrid y algunos políticos de la misma significación ofrecieron un banquete de desagravio. La prensa de derecha, que campaba por sus insolentes respetos —valga la aparente paradoja—, había enrarecido el ambiente con motivo del viaje, hasta el punto de que nadie se atrevió a entrar en conversación siquiera. Sólo, y como en trance de despedida, se firmaron unos acuerdos referentes a trabajadores españoles en Francia y a obreros franceses en España. Herriot se fué llevándose su secreto, y no se sabe qué ocasión se perdió o si pudo lograrse alguna. Entretanto, ya preparaban sus viajes a Berlín y a Roma los Sanjurjo, los Primo de Rivera y los Goicoechea.

Acaso el más grave de todos los errores de la República de 1931 fué no haber adoptado a tiempo, y resueltamente, valerosamente, una política internacional. Tal vez en aquella abstención, por prudente que pudiera parecer entonces, está el germen del famoso Comité de no intervención. Cuando se echó encima 1936, ya era tarde para todo. Ante la actitud de Inglaterra y de Francia, ligadas a España por diferentes pactos relativos a Marruecos y al Mediterráneo, alguien pensó en la conveniencia de intentar un acuerdo con Hitler y Mussolini, a fin de salvar la República, y hasta se iniciaron conversaciones a tal efecto. El asunto, al que Luis Araquistán, ex embajador en París, hizo algunas alusiones más o menos directas en una conferencia del Ateneo Popular de Barcelona, pronunciada el año 1938, no llegó a trascender a la masa popular española, empeñada en su trágica y gloriosa lucha con el fascismo internacional. No se hubiera salvado la República y se hubiera perdido todo lo que la República representaba y sigue representando al lado de los pueblos libres del mundo en guerra contra el totalitarismo.

Alvaro DE ALBORNOZ

VALIJA *indiscreta*

UN PERTURBADOR

¿Qué se ha propuesto el general De Gaulle? ¿Con qué derecho pretende que sean los franceses quienes se ocupen de la política francesa? ¿Se ha dado cuenta de que él apenas es general, y no mariscal como Badoglio o como Tito? ¿Qué tiene que ver la democracia con sus arrogantes pretensiones?

Si el general De Gaulle fuese realmente un demócrata, se hubiera retirado de la escena política al saber que están disconformes con él don Fernando Ortiz de Echagüe, periodista ex español y ex franquista, convertido hoy en portavoz de las Democracias y mister Wm. Philip Simms, que viene a ser el maestro en política y periodismo del anterior.

En pura democracia, la opinión de dos pesa más que la de uno, y, por lo tanto, no podemos tener en cuenta la del general De Gaulle, toda vez que está en contradicción con las opiniones de Ortiz de Echagüe y de Philip Simms, periodistas que no solamente poseen, cuando se las dan hechas, una opinión cada uno, sino que disponen personalmente de múltiples y sucesivas opiniones, con las cuales pueden abrumar al general francés, que sólo dispone de una.

Los méritos que alega el general De Gaulle para hablar en nombre de Francia son puramente ilusorios. Acaso se diga que con él está el 99 por ciento de los franceses. Esto podría tener algún valor si fuesen los franceses los llamados a decidir sobre su propio gobierno, pero no es éste el caso por ahora, como lo demuestra la actitud de los señores Ortiz de Echagüe y Philip Simms, que son los que pueden opinar sobre la política y el gobierno de Francia, debido precisamente a que no son franceses.

Pero, en último caso ¿cómo se prueba esa adhesión a De Gaulle del 99 por ciento de los franceses? No basta que lo diga él, ni, mucho menos que lo digan los franceses. Si el general De Gaulle se hubiera puesto al frente de un ejército de alemanes, italianos, moros y portugueses para traicionar a su patria, derribar la República, bombardear sus ciudades, asesinar a medio millón de compatriotas, tener en la cárcel a otro medio millón y enviar telegramas de felicitación a Hirohito, es indudable que podría hablar autorizadamente en nombre de su país y ser reconocido ahora como gobernante legítimo. También podría alcanzar esa consideración si hubiese sido durante tres años compañero de armas de Hitler, como Badoglio, o hubiese colaborado con el "Nuevo Orden" nazi, como el malogrado almirante Darlan. Pero, en vez de seguir el ejemplo de esos ilustres guerreros y estadistas, el general De Gaulle se mantuvo en su puesto de lucha contra Hitler en los momentos más dramáticos e inciertos de la guerra, cuando caía Francia traicionada e Inglaterra quedaba sola, con las fuerzas, en la arena del circo. ¡General: pronto o tarde las equivocaciones se pagan!

El general De Gaulle debe darse cuenta de su verdadera situación y no perturbar más. Hay unos distinguidos caballeros —de los que son inspirados representantes los dos insignes periodistas antes mencionados— que tienen ya arreglado el mundo. Todo está ya previsto y ordenado. Si ahora se mete el general De Gaulle, por un lado, a pedir que en Francia gobiernen los franceses, y los españoles, por otro lado, nos empeñamos en no dejarnos gobernar por Gómez Jordana, y los italianos, a su vez, quieren proclamar la República en Italia, como si fuera cosa que les interesara a ellos ¿a dónde iríamos a parar?

Comprenda el general De Gaulle que si los franceses empiezan a ocuparse de los problemas de Francia, los españoles de los de España y los italianos de los de Italia ¿cómo van a responder los señores Ortiz de Echagüe y Philip Simms de lo que pase en Europa? La guerra es una cosa muy seria para que se permita opinar sobre ella a los pueblos que la sufren o la hacen. Y si se ocupan de eso los pueblos ¿de qué van a ocuparse nuestros dos inspirados periodistas? En ellos se explica esta preocupación por los problemas de Francia, porque precisamente ellos no son franceses. Y ¿van a saber los franceses mejor que ellos qué es lo que conviene a Francia?

La conclusión que puede sacarse de todo esto es bastante dolorosa: el día en que cada cual se ocupe de sus propias cosas, no habrá manera de entenderse en este mundo, ni será posible, por consiguiente, confiar en la Carta del Atlántico.

EL VALIJERO

DRAMA

"Yo había pensado morir heroicamente a la cabeza de mis tropas, pero ¿quién sabe ahora dónde está la cabeza?

EN LONDRES

Posición de la A. R. E. ante la J. S. de U. N.

Hemos recibido el manifiesto que la ARE —Acción Republicana Española— de Londres, hizo público con motivo de la pretendida Junta Suprema de Unión Nacional. Dice así:

Hace algunos días se ha publicado en Londres —y se ha propagado profusamente— un documento político que lleva el título de 'Manifiesto de la Junta Suprema de Unión Nacional'' de España.

Los editores de este documento pretenden haberlo recibido directamente de España, donde afirman que existe realmente una Junta Suprema de Unión Nacional integrada por representantes de todos los partidos políticos antifranquistas; aunque nadie ha recibido en Inglaterra la menor noticia de la existencia de semejante Junta, por ningún otro conducto.

Por su contenido ideológico, por su estilo inconfundible y hasta por sus frases hechas, muy similares a las que habíamos leído con anterioridad en otros documentos de la misma marca de fábrica, este ruidoso manifiesto tiene toda la traza de haber sido redactado, dentro o fuera de España —para el caso es lo mismo— por el partido comunista español.

Refuerzan esta hipótesis el hecho de que el partido comunista español, residente en Londres, haya sido el paladín de la propaganda escrita y hablada del referido manifiesto, dentro de Inglaterra, y el hecho, más significativo aún, de que el partido comunista sea el único grupo político de la emigración española que se ha adherido, hasta la fecha, al documento de referencia y a la línea política en él formulada.

Acción Republicana Española no se opone ''a priori'', de un modo sistemático, a todo lo que haga, diga y escriba el partido comunista español. Acción Republicana Española es un grupo democrático dispuesto siempre a colaborar con todas las personas, individuales o colectivas, que quieran trabajar sinceramente al servicio de la democracia española.

El hecho de que el partido comunista español, sea, según todos los síntomas, el autor verdadero y único del manifiesto a que venimos refiriéndonos, no es una razón suficiente para que rechacemos este documento de plano; aunque, desde luego, nos repugna moralmente la vieja táctica del partido comunista de ocultar por sistema, como una vergüenza inconfesable, la paternidad de sus propias obras.

El motivo fundamental que obliga a Acción Republicana Española a colocarse franca y abiertamente en contra del significado, el alcance y las intenciones de ese flamante manifiesto de la supuesta Junta Suprema de Unión Nacional es, sencillamente, su propio contenido, hecha abstracción de la persona o grupo que lo haya redactado.

En ese documento se propugna esencialmente la formación de un pacto o convenio de los diversos grupos republicanos —en el sentido más amplio de la palabra— con determinados sectores reaccionarios, que tomaron parte activa en la sublevación de Franco, y que ahora se muestran contrarios a él, para mejor defender sus intereses oligárquicos.

Nos oponemos terminantemente a tan indigno contubernio, por virtud de las siguientes razones:

Primera: Nos parece una traición a la memoria venerable de los millares de mártires de la libertad española el que se trate ahora de pactar, bajo ningún pretexto, en nombre del pueblo español, con algunos de los elementos más directamente responsables del inmundo crimen de la sublevación de Franco, apoyada por el fascismo extranjero; que ahora se muestran circunstancialmente discrepantes de la política de Franco, pero que no han dicho una sola palabra de condenación contra su levantamiento.

Segunda: Una coalición de esa índole, aparte de ser moralmente monstruosa, no conduciría a otro resultado práctico —en el mejor de los casos imaginables— que la implantación y fortalecimiento de una monarquía borbónica, más o menos absolutista, y tan odiada por la inmensa mayoría del pueblo español como el propio régimen de Franco.

Tercera: Los elementos conservadores arrepentidos del crimen franquista en el que tomaron parte activa, sólo podrían tener cabida en las últimas filas de la retaguardia de nuestro ejército democrático libertador, si comenzaran por hacer pública retractación de sus culpas y se manifestaran, de un modo inequívoco, dispuestos a respetar las leyes democráticas de nuestro país y, en primer término, claro está, la Constitución de 1931, fuente fundamental de todas nuestras normas legales y última expresión, rotunda y explícita de la libre voluntad nacional. Como no tenemos noticias de que exista ningún grupo conservador español en semejante disposición de espíritu, no se nos presenta ni siquiera la situación previa indispensable para que pasemos a estudiar en serio las condiciones prácticas de un pacto de esta índole. Una de estas condiciones sería, por supuesto, el sometimiento de tal grupo, como de todos los demás, a la exigencia por parte de los tribunales competentes, de las responsabilidades personales contraídas con motivo o como consecuencia de la sublevación de Franco.

Frente a todas las cabriolas maquiavélicas de la táctica sobreponiéndose a los principios, Acción Republicana Española levanta, una vez más, la bandera del ideal por encima de las maniobras eludicantes, e invita a todos los emigrados españoles, y al pueblo español, en general, a mantenerse fiel al régimen democrático y republicano que España se dió libremente y que millares de españoles heroicos santificaron con su sangre.

En la Asamblea General celebrada por ARE en Gran Bretaña el 28 de noviembre último, se acordó por aclamación aceptar la disciplina de la Junta Española de Liberación. Este hecho nos permite presentar con claridad meridiana en el momento presente nuestra actitud. Estimamos que para recobrar lo antes posible la legalidad constitucional republicana en nuestra Patria es preciso conseguir de los países democráticos el reconocimiento inmediato de la realidad jurídica de los españoles que negamos la legitimidad al régimen que hoy impera en España.

Dentro de los países auténticamente democráticos, que integran el bloque de las naciones unidas, hay más de uno que puede inmediatamente dar este paso. México y Rusia no mantienen relaciones diplomáticas, ni de otra clase, con Franco; Uruguay dió pruebas de situar sobre la comodidad dentro de la norma internacional del día, la conciencia de un deber que los otros pueblos democráticos deberían sentir en igual grado, y alentó nuestra esperanza y honró nuestros principios, declarando fiesta nacional la de proclamación de nuestra República.

La Junta Española de Liberación sitúa, como primer jalón de su camino el reconocimiento de su existencia, y la aceptación de la legitimidad de sus fines, por los países democráticos. Nosotros en Londres, hemos invitado a los españoles que acatan la República a que se unan a nosotros en el intento de solicitar un estatuto jurídico individual y colectivo que nos permita exhibir con orgullo ante el mundo la condición de españoles enemigos de Franco y que al mismo tiempo nos garantice el derecho a convivir, en paridad de condiciones, con los restantes ciudadanos de pueblos libres.

Hoy creemos que el cauce de la Junta de Liberación Española es el único que nos conduce a la consecución inmediata de este fin.

Londres, 30 de Enero de 1944.—*La Junta Directiva.*

EL COMITE TECNICO

En nuestro número anterior hacíamos referencia a una de las ponencias en que trabaja el Consejo Técnico creado por la Junta Española de Liberación: la que trata del valor estratégico de España desde el punto de vista militar. Es, como se deduce de nuestra nota informativa, interesantísima, pero la citamos no tanto para destacar su valor intrínseco como para dar idea de la tarea que el Consejo Técnico, cumpliendo la misión que le encomendara la Junta Española de Liberación, viene realizando. Cada una de las nueve Secciones constituídas trabaja activamente en el cometido que le fué confiado. Durante toda la semana, los domingos incluso, se reúnen en las secretarías del Centro Español las Comisiones, estudian, discuten puntos de vista, toman acuerdos. Son varias las ponencias que al presente están casi terminadas, y todas ellas alcanzan verdadera importancia. De algunas no sería posible, por razones de discreción, dar referencia pública. Pero lo que conviene destacar y a eso tiende esta nota, es que el Comité Técnico trabaja sin descanso y concienzudamente y que sus ponencias, una vez ultimadas, formarán un programa de gobierno completo sobre el cual podrán operar quienes, llegada la ocasión, tengan a su cargo la reconstrucción de España.

OPINA PAUL RIVET

A su regreso a México, desde Argel, el ilustre profesor Paul Rivet, figura prominente del movimiento liberador de Francia, confió al periodista Progreso Vergara, de EXCELSIOR, algunas interesantes declaraciones. De ellas entresacamos los párrafos siguientes:

—¿Es cierto que ya no hay españoles en los campos de concentración?

—Ciertísimo. Los españoles son libres, trabajan y gozan de la libertad más absoluta, compatible, claro está, con las condiciones que allí prevalecen.

—¿Cree usted posible una alianza latina en Europa?

—No hay duda de ello. Es menester, muy necesario, trabajar en pro de tan plausible postulado. Con España no habrá dificultades. ¡Están tan vinculados ambos pueblos! En cuanto a Italia, ello dependerá del rumbo que tomen los acontecimientos en aquel país. Yo he sentido ahora, en Noráfrica, cuán fraternales son los lazos que unen a los demócratas españoles y franceses. Soy un optimista en cuanto a la futura comprensión, en todos los órdenes, de los dos pueblos. España y Francia marcharán unidas en lo porvenir . . .

PARA CELEBRAR EL XIII ANIVERSARIO

CHIHUAHUA

El día 16 de Abril celebrará el Centro Republicano Español de Chihuahua, varios actos de homenaje al cumplirse el XIII aniversario de la proclamación de la República Española.

Se publicará en la prensa diaria de esta ciudad, una página dedicada a realzar el significado de la fecha que celebramos los republicanos españoles y un festival artístico en la radio, en el que intervendrán valiosísimos elementos de la canción, la música y la poesía tanto españoles como mexicanos. También han prometido tomar parte para pronunciar unas palabras de simpatía a nuestra causa, significadas personalidades mexicanas.

A las 14 horas del mismo 16 de Abril, se celebrará una comida en el local del Centro Republicano Español a la que han sido invitadas destacadas personalidades del Gobierno del Estado.

Por la tarde, a las 16 y 30 horas, se llevará a efecto un partido de Futbol, entre el Deportivo Español de Chihuahua, perteneciente al Centro Republicano Español, y una selección de Ciudad Juárez, en el que se disputará la copa ''España'', que ha sido donada por un comerciante de esta localidad, para que la entidad organizadora la entregue al vencedor. Y como final de los actos en honor de la República Española, habrá un baile por la noche en los salones del Centro Republicano, con una magnífica orquesta, y rifa de valiosos objetos.

Existe mucho entusiasmo entre los republicanos españoles, por conmemorar esta fecha del 14 de Abril, que todos deseamos que en fecha próxima, se pueda celebrar en nuestra patria.—Corresponsal, A. S.

PUEBLA

Hoy, sábado 15, republicanos y socialistas se reunirán en una cena fraternal que se celebrará en el Restaurant Reforma para conmemorar el XIII aniversario de la proclamación de la República. Al final se pronunciarán discursos ensalzando la fecha histórica del 14 de Abril.

OTRAS POBLACIONES

Se preparan actos de homenaje en otras poblaciones de la República mexicana donde se encuentran grupos de republicanos españoles. En general, la conmemoración del XIII aniversario promete revestir una solemnidad superior a la de años anteriores, cumpliendo así las sugerencias de la Junta Española de Liberación, interesada en que la celebración de la fiesta conmemorativa alcance el mayor esplendor.

A LA HABANA

El jueves pasado marchó en avión hacia la Habana don Indalecio Prieto, invitado para tomar parte en el gran acto de afirmación republicana que se celebrará en aquella capital.

LA PAZ DE MAÑANA

EDUCACION PARA LA DEMOCRACIA

I

No cuesta gran trabajo advertir las fallas y groseras falacias de la filosofía totalitaria. Fácil es comprender que no puede existir una paz estable si se permite que las naciones hagan de la educación la base y el camino para la agresión, el arsenal inexaustible de odios y complicaciones internacionales. Pero no basta con tomar nota de este hecho.

Nadie crea que los ejércitos alemanes combaten porque les obliga a ello la Gestapo; que los jóvenes atacan brutalmente por miedo al revólver de sus oficiales. Combaten porque la educacin alemana ha logrado forjar un ánimo que estimula al pueblo a empuñar las armas. Combaten porque la educación alemana les ha hecho creer a pies juntillas que la vida no puede ofrecerles nada mejor que morir por Alemania. Combaten; no se retiran ni se rinden. La educación a que se les ha sometido les ha infiltrado en la sangre la ardiente convicción de que merece la pena luchar porque Alemania domine el mundo.

Si la educación democrática no consigue hacer que nuestros pueblos sean capaces de empuñar las armas, si no inyecta en la sangre de los jóvenes de ambos sexos una convicción más honda y apasionada acerca de los valores eternos de la vida que la instalada en la juventud totalitaria, las democracias no sobrevivirán aun cuando ganen esta guerra. Si la educación democrática no puede producir valientes soldados de la paz, creadores de la nueva libertad, hombres que se sacrifiquen gustosamente, jamás podremos lograr una paz duradera.

En un campamento juvenil de los EE. UU. un bien intencionado sacerdote estaba predicando a un grupo de muchachos, y el *leitmotiv* de su sermón era: "Y Cristo os dará todo esto sin que os cueste ningún trabajo."

Centenares de sacerdotes y maestros repiten a los jóvenes la misma historia. Y en ella está la razón del fracaso de la democracia, el morbo de la educación democrática; el secreto de la falta de preparación democrática. Políticos de buena voluntad han discutido tan activamente la manera de salvar al mundo para la democracia, que se han olvidado enteramente de la importancia de salvar a la democracia para el mundo. Y mientras los dirigentes populares crean y proclamen que el objetivo final de nuestro empeño es lograr algo sin ningún esfuerzo, mientras traten de propagar la democracia y la religión a base de esta idea, la democracia no se salvará para el mundo.

En la mayor parte de los países democráticos, la gente ha considerado la democracia como cosa natural, ha considerado las cuatro libertades como parte de su herencia. Hubo un tiempo en que sus antepasados arriesgaron gustosos su propiedad, su vida y su honor para lograr una libertad democrática; y por eso a sus nietos y tataranietos ningún sacrificio puede pedírseles. Pero el hombre no puede nacer para una democracia, como no puede nacer para una religión. Puede nacer con ciertas disposiciones, aptitudes y hábitos, pero tiene que adquirir por sí mismo las verdades y las fuerzas vitales. La democracia no puede ser nunca estática. Lo que era democracia hace ciento cincuenta años, quizá sea hoy una tradición fosilizada; la libertad de nuestros abuelos quizá sea ahora intereses creados.

Al alborear la democracia, cuando nuestros antepasados elaboraban sus declaraciones de independencia y sus constituciones liberales, pensaban con relación al Estado de esta manera: ¿Qué puedo hacer para afianzar esta comunidad nuestra? ¿Cuál ha de ser mi contribución? ¿Qué sacrificio se me exige?

Si los modernos legisladores de los países democráticos se acuerdan del Estado, es para preguntarse: ¿Qué puedo sacar del Estado para mi distrito y para mí?

Cuando el candidato recorre su distrito durante el período de propaganda electoral no suele decir a sus electores que quizá el Estado les pueda pedir algo; que tienen que hacer algo en favor del bienestar del Estado; que reflexionen acerca de los sacrificios que pueden hacer. En la mayor parte de los países democráticos pocas serían, en verdad, sus probabilidades de ser elegido, si hiciese un discurso de esta índole. En cambio, al diputado que puede regresar de la capital con una nueva penitenciaría para sus electores, o con un puente, o edificio de correos, o fábrica de municiones, o manicomio, se le considera como un representante honrado e inteligente.

Es frecuente, en las democracias, oír quejas del pueblo acerca de los diputados que les representan. La palabra *político* tiene un sentido infamante. Señaladamente en los Estados Unidos de Norteamérica produce confusión y aun desconcierto a cualquier partidario de la democracia oír a la gente hablar de sus políticos. Un artículo reciente del serio e interesante periodista Samuel Grafon se iniciaba con la siguiente afirmación:

"El Congreso se queja amargamente de que el país no le respeta bastante y, para decir la verdad escueta, hemos llegado a un punto en que el único hombre que se quita el sombrero ante el congresista medio es su secretario."

Aun cuando esta sarcástica paradoja contenga mucho de exageración, muestra indudablemente que existe alguna grave falla en el sistema de educar para la democracia. Y pone bien de manifiesto una opinión sustentada por mucha gente y defendida por autoridades como los señores Herbert Hoover y Hugh Gibson en su libro *Problems of Lasting Peace*: que sólo los países que tengan un Gobierno representativo han de tener acceso a una organización internacional de Estados. ¿Cree alguien que será cosa fácil llevar a naciones cuyo sistema de gobierno es tan diferente del democrático a la idea de que debemos ganar esta guerra para tener los diputados que el señor Grafon describe?

No sólo se critica a los diputados. La gente se queja constantemente de que la iglesia ha perdido su influencia, de que si las iglesias hubiesen sido lo que habían de ser la presente guerra no hubiera podido producirse. Si las democracias hubiesen sido lo que habían de ser, hubiera sido imposible un conflicto mundial. Todo esto es muy cierto. Y si los seres humanos hubiesen sido perfectos y sin tacha, el mundo habría sido un lugar enteramente distinto. Pero, esas gentes que se quejan ¿qué clase de representantes desean? ¿El hombre de integridad inmaculada que les habla de los sacrificios que deben hacer o el hombre manejable que "sabe hacerse cargo de las cosas?" Y la gente que se queja, ¿qué clase de iglesia preferiría? Probablemente preferiría una iglesia que sea una mescolanza democrática de asociación de fines sociales y de institución subvencionada. Los sacerdotes desean una grey numerosa; y creen que una grey numerosa desea una religión cómoda. El vulgo no gusta de afrontar hechos desagradables relativos a su vida y a la vida humana en general; el vulgo quiere *pasarlo bien* y desea una religión que le prometa un buen rato sin exigir nada —o casi nada— de él, un buen rato por los siglos de los siglos, amén. El infierno se ha convertido en una especie de cálida primavera en donde los diplomáticos y otros dignatarios de la maldad quedan retenidos durante un período indefinido antes de ser enviados a su último destino.

C. J. HAMBRO.
Presidente del Parlamento Noruego.

"Es importante en beneficio nuestro, alentar el establecimiento en Europa de gobiernos populares poderosos y progresistas dedicados, como el nuestro, a mejorar el bienestar social del pueblo en general. Una Europa estable debería ser la mira inmediata de la política aliada".—Cordell Hull, discurso de 9 de abril.

"Estamos trabajando con nuestros aliados actualmente para destruir los sistemas totalitarios hasta sus propias raíces. Los gobiernos libres y los gobiernos nazis y fascistas no pueden existir juntos en este mundo".

"La estabilidad y el orden no pueden significar la reacción. El orden debe prevalecer para evitar el caos. Pero debe lograrse de manera tal que dé plena oportunidad a los hombres y a las mujeres para mirar adelante; a esos hombres y mujeres que pondrán fin al fascismo y a todas sus obras y crearán las instituciones de un modo de vivir libre y democrático".—Cor-

El Manifiesto Revolucionario de 1930

Documentos Históricos

Al cumplirse trece años desde la proclamación de la República, nos parece oportuno reproducir el manifiesto que el Comité revolucionario lanzó al país el 15 de diciembre de 1930, calientes aún los cuerpos de los heroicos capitanes Galán y García Hernández, fusilados en Huesca el día anterior. Es un documento incorporado a la Historia, a través del cual se reviven las horas de intensa emoción política que conmovieron a España en aquellos meses precursores de la gloriosa jornada del 14 de Abril.

ESPAÑOLES: Surge de las entrañas sociales un profundo clamor popular que demanda justicia y un impulso que nos mueve a procurarla. Puestas sus esperanzas en la República, el pueblo está ya en medio de la calle. Para servirle hemos querido tramitar la demanda por los procedimientos de la ley y se nos ha cerrado el camino: cuando pedíamos justicia se nos arrebató la libertad; cuando hemos pedido libertad se nos ha ofrecido como concesión unas Cortes amañadas como las que fueron barridas, resultantes de un sufragio falsificado, convocadas por un Gobierno de dictadura instrumento de un rey que ha violado la Constitución y realizadas con la colaboración de un cacique omnipotente. Se trata de salvar a un régimen que nos ha conducido al deshonor como Estado, a la impotencia como nación y a la anarquía como sociedad. Se trata de salvar a una dinastía que parece condenada por el Destino a disolverse en la delicuescencia de todas las miserias fisiológicas. Se trata de salvar a un rey que cimenta su trono sobre las catástrofes de Cavite y de Santiago de Cuba; sobre las osamentas de Monte Arruit y Annual; que ha convertido su cetro en vara de medir, y que cotiza el prestigio de su majestad en acciones liberadas. Se trata, por los hombres del pasado y del presente, de una cruzada contra lo hombres del porvenir para estorbar la acción de la justicia popular, que reclama enérgicamente las responsabilidades históricas. No hay atentado que no se haya cometido, abuso que no se haya perpetrado, inmoralidad que no haya trascendido a todos los órdenes de la administración pública, para el provecho ilícito o para el despilfarro escandaloso. La fuerza ha sustituído al derecho, la arbitrariedad a la ley, la licencia a la disciplina. La violencia se ha erigido en autoridad y la obediencia se ha rebajado a sumisión. La incapacidad se pone donde la competencia se inhibe. La jactancia hace veces de valor, y de honor la desvergüenza. Hemos llegado, por el despeñadero de esta degradación, al pantano de la ignominia presente. Para salvarse y redimirse no le queda al país otro camino que el de la revolución. Ni los braceros del campo, ni los propietarios de la tierra, ni los patronos, ni los obreros, ni los capitalistas que trabajan, ni los trabajadores ocupados o en huelga forzosa, ni el productor, ni el contribuyente, ni el industrial, ni el comerciante, ni el profesional, ni el artesano, ni los empleados, ni los militares, ni los eclesiásticos..., nadie siente la interior satisfacción, la tranquilidad de una vida pública jurídicamente ordenada, la seguridad de un patrimonio legítimamente adquirido, la inviolabilidad del hogar sagrado, la plenitud de vivir en el seno de una nación civilizada. De todo este desastre brota espontánea la rebeldía de las almas que viven sin esperanza y se derrama sobre los pueblos que viven sin libertad. Y así se prepara la hecatombe de un Estado que carece de justicia y de una nación que carece de ley y de autoridad. El pueblo está ya en medio de la calle y en marcha hacia la República. No nos apasiona la emoción de la violencia culminando en el dramatismo de una revolución; pero el dolor del pueblo y las angustias del país nos emocionan profundamente. La revolución será siempre un crimen o una locura dondequiera que prevalezcan la justicia y el derecho; pero es derecho y es justicia donde prevalece la tiranía. Sin la asistencia de la opinión y la solidaridad del pueblo, nosotros no nos moveríamos a provocar y dirigir la revolución. Con ellas salimos a colocarnos en el puesto de la responsabilidad, eminencia de un levantamiento nacional que llama a todos los españoles. Seguros estamos que para sumar a los nuestros sus contingentes se abrirán las puertas de los talleres, de las fábricas, de los despachos, de las Universidades, hasta de los cuarteles, porque en esta hora suprema todos los soldados ciudadanos libres son, y todos los ciudadanos soldados serán de la revolución al servicio de la patria y de la República. Venimos a derribar a la fortaleza en que se ha encastillado el Poder personal, a meter a la monarquía en los archivos de la Historia y a establecer la República sobre la base de la soberanía nacional, representada en una Asamblea constituyente. De ella saldrá la España del porvenir y un nuevo estatuto inspirado en la conciencia universal que pide para todos los pueblos un derecho nuevo, ungido de aspiraciones a la igualdad económica y a la justicia social. Entre tanto nosotros, conscientes de nuestra misión y de nuestra responsabilidad, asumimos las funciones del Poder público con carácter provisional.

¡Viva España con honra! ¡Viva la República!
—Niceto Alcalá-Zamora, Alejandro Lerroux, Fernando de los Ríos, Manuel Azaña, Santiago Casares, Indalecio Prieto, Miguel Maura, Marcelino Domingo, Alvaro de Albornoz, Francisco Largo Caballero, Luis Nicoláu D'Olwer, Diego Martinez Barrio.

Comentario Internacional

El discurso de Mr. Cordell Hull

Las condiciones en que se confecciona este semanario obligan a preparar el original con varios días de anticipación y no permiten poner el comentario de última hora a los sucesos internacionales de la semana. Así, por ejemplo, en el momento de escribir estas cuartillas, destinadas a llegar al lector una semana después, carecemos de los elementos de juicio necesarios para examinar a fondo el texto y las repercusiones del importante discurso pronunciado el pasado domingo por el secretario de Estado norteamericano Mr. Cordell Hull, del que sólo conocemos, en este instante, amplios, pero no completos, extractos telegráficos. Ignoramos también la impresión causada por el discurso en los países aliados, especialmente las fuerzas democráticas europeas. Mas los extractos periodísticos que conocemos permiten ya anticipar una impresión personal, aunque no pueda ser definitiva y acaso necesite en otra oportunidad ampliación o rectificación.

Partes buenas, excelentes, hay en tal oración, que constituye ya en sí un acto óptimo por el hecho de proyectar cierta luz sobre intrincadas cuestiones internacionales. Otras partes justifican reservas y dudas, que vamos a permitirnos señalar. La declaración capital del discurso es la relativa a la necesidad de una completa cooperación entre las cuatro grandes potencias aliadas —Inglaterra, EE. UU., URSS y China—, cooperación militar para ganar la guerra y política para consolidar la paz. Mr. Hull estima, razonablemente, que, de no lograrse tal cooperación, el mundo volverá a conocer otra guerra dentro de veinte o veinticinco años.

El hecho de que se formule dicha apelación pública parece demostrar que, a pesar de la Carta del Atlántico y de las declaraciones conjuntas de Moscú y de Teherán, no existe ni siquiera programa definido de tal cooperación. Se aboga por lo que es necesario, pero que todavía no se ha logrado. Mas la apelación pública anuncia lógicamente la posibilidad de conseguirlo. Confiemos en ello.

Ahora bien; una cooperación para estabilizar la paz futura en el mundo habrá de basarse en un programa político. Mr. Cordell Hull ha expuesto en su discurso el de la política exterior de su país. ¿Es éste el programa de la futura cooperación? ¿Ha sido elaborado consultando previamente a los demás países aliados y de acuerdo con éstos? ¿O se trata, más bien, de una declaración unilateral, a base de la cual estarían dispuestos los Estados Unidos a suscribir el programa de la eventual cooperación? En este último caso, si cada país aliado traza un programa distinto, la cooperación sería difícil o imposible, y quedaría justificado el sombrío pronóstico del orador.

La clave de la política exterior de los Estados Unidos, tal como la ha venido orientando desde hace años Mr. Cordell Hull, se encuentra en los párrafos de su discurso relativos a la necesidad de preservar a Europa del "caos y el desorden" que puede sobrevenir a la presente conflagración. La tesis de la acción preventiva contra la revolución europea queda perfectamente expuesta en esos párrafos. Y explicada, al mismo tiempo, la política intervencionista —con carácter circunstancial— confiada al monstruo postbélico conocido por AMGOT. De algunos aspectos de esta política discrepó Mr. Summer Welles, antiguo colaborador del secretario de Estado, y ello motivó su sensible dimisión como subsecretario.

En el Departamento de Estado, bajo la administración del presidente Roosevelt, Summer Welles representaba la tendencia liberal, creadora, original y progresiva, mientras que Cordell Hull representa la tendencia conservadora, temerosa y regresiva, en el sentido de vuelta al pasado, con los hombres y los sistemas caducos. Una y otra tendencia política coinciden en la necesidad de evitar a Europa el caos, el desorden y la revolución; pero discrepan en cuanto a los procedimientos para lograr tal fin. La ayuda a los elementos populares para consolidar las democracias nacionales, y la Federación europea, a través de agrupaciones regionales, constituyen los elementos de la política liberal. La utilización de los colaboracionistas y de los viejos prestigios europeos ya gastados e inservibles, y el AMGOT son los elementos de acción de la política conservadora.

Ello explica la obstinación en no reconocer como gobierno al Comité Francés de la Liberación Nacional, y la insistencia en considerar como gobierno a la tertulia palatina presidida por el mariscal Badoglio, aun antes de su renovación por el ingreso de elementos democráticos. El verdadero gobierno de unión nacional que preside De Gaulle en Argel no será reconocido como gobierno de Francia. En cambio, los tránsfugas del fascismo que forman en Bari la camarilla monárquica de Badoglio son ya gobierno de Italia. En el fondo, acaso se crea que Badoglio constituye una garantía contra la revolución, mientras que De Gaulle es un simple agente de ella. Pero la verdad es . . . que es verdad todo lo contrario. La única garantía en Francia contra el caos, el desorden y la revolución la representa De Gaulle. Y la mejor promesa de caos, desorden y revolución en Italia la representa Badoglio.

Se está aplicando contra la revolución el mismo procedimiento preventivo, ya fracasado, que se aplicó contra la guerra: el apaciguamiento. El apaciguamiento —que fue también el deshonor— no evitó la guerra y estuvo a punto de llevarnos a la derrota total. Este nuevo apaciguamiento —que es también el deshonor— no evitará la revolución y acaso haga perder la paz. Estos breves comentarios se refieren únicamente al período que siga inmediatamente a la liberación del territorio europeo, pues a ese mismo período transitorio se limita la aplicación de la política conservadora, temerosa y regresiva. Como orientación permanente, Mr. Cordell Hull ha expuesto la de estimular el establecimiento en Europa de "gobiernos poderosos, progresistas y populares" emanados de la voluntad de los pueblos, sin ingerencias extrañas. Todos los demócratas aplaudirán sin reservas esa declaración. En el mundo de mañana no podrán convivir los gobiernos libres y los gobiernos nazis y fascistas. "No pueden existir juntos". Y Mr. Hull anuncia, además, que los Estados Unidos han "abandonado la descuidada tolerancia hacia las instituciones perversas."

Clara alusión, entre otras, a las instituciones falangistas españolas, establecidas sobre la traición, apoyadas en el crimen, y aliadas al gangsterismo internacional. Queda, pues, dictada la sentencia inexorable contra el régimen de Franco. Sentencia de muerte, sin duda. Pero ¿por cuál procedimiento? ¿Por el de la ejecución simple y limpia a manos de los mismos españoles, alentando el movimiento popular y la acción de las fuerzas democráticas nacionales? ¿O por el de la lenta y perturbadora consunción confiada a sustitutos con entorchados, tan odiados por el pueblo español como el propio Franco y tan desleales a la causa internacional de las democracias como él mismo?

El problema, naturalmente, habrá de ser resuelto en definitiva por el propio pueblo español. Pero no son, sin embargo, ociosas nuestras preguntas. Las justifican las informaciones relativas al apoyo que se fragua, con la bendición de Su Santidad, para sustituir a Franco por Gómez Jordana o Aranda. Sustitución que podrá contar con apoyos extraños, pero que sólo serviría para crear un estado de confusión y decepción en el pueblo español, acaso el más dispuesto a colaborar con las Naciones Unidas en la obra de liquidar a las "instituciones perversas" y restablecer un régimen de democracia ordenada y vigorosa.

En último caso, si se hace un llamamiento a la cooperación internacional, lícito es que digamos cómo la entendemos los españoles que fuimos los primeros en luchar, abandonados e inermes, contra las "instituciones perversas". *C. E.*

SALUDANDO A LA LIBERTAD

Así reciben los pueblos liberados a las tropas aliadas. Ven en ellas la promesa de la libertad, el fin de la pesadilla fascista y el renacimiento a una nueva vida . . Defraudar esa esperanza sería el peor crimen que pudiera cometerse.

Conmemorando el Aniversario

Una comida en Fortín de las Flores

Mañana, domingo 16, los republicanos españoles residentes en Orizaba y Córdoba, Ver., se reunirán en los salones del restaurant "Yola", de Fortín de las Flores, para celebrar una comida conmemorativa del XIII aniversario de la proclamación de la República. Especialmente invitados para ello, asistirán a la comida el general Cándido Aguilar y diversas autoridades de ambas poblaciones.

ACUERDO IMPORTANTE

La Asociación de Aliados de Paraguay, reconoce a la Junta Española de Liberación

La Asociación de Aliados de Paraguay, en la cual figuran los representantes diplomáticos de las Naciones Unidas, ha reconocido, por acuerdo unánime, a la Junta Española de Liberación, y, como consecuencia de tal reconocimiento, el delegado de la Junta en Asunción, don José Marcos ha entrado a formar parte del Comité Directivo de la entidad referida.

EL SEÑORIO DE LA AMISTAD

Mensaje al Doctor Eduardo Santos

La Junta Española de Liberación ha dirigido al ilustre doctor Eduardo Santos, ex presidente de la república de Colombia, el siguiente mensaje:

México, D. F., abril de 1944.

Al Doctor Eduardo Santos
BOGOTA (Colombia)

Señor y amigo:

No hay señorío que más fuertemente impere en las almas que el señorío de la amistad. La que usted nos dispensa a los republicanos españoles es tal que sentimos nuestros espíritus señoreados por el hidalgo sentimiento que la inspira. Su participación en el banquete con que nuestros compatriotas exilados en Colombia conmemoran el fausto día de 1931 en que la libre voluntad del pueblo español instituyó con elegante pureza el régimen republicano, hundido ocho años después merced a una subversión traidora desde dentro y a una complicidad cobarde desde fuera, constituye nuevo y elocuentísimo testimonio de esa gentil amistad que tan extraordinariamente nos honra y tan profundamente agradecemos. Por eso lo llamamos señor y amigo.

La presencia de personalidad como la de usted que, por nobleza y talento, descuella entre las grandes figuras de la América hispana, proporciona al modesto y fraternal festín un relieve excepcional. Esa presencia revela muy estrecha solidaridad con nuestra sagrada causa, y el eco de las palabras con que la exprese habrá de expandirse por todo este continente, sirviéndonos a nosotros los españoles de consuelo en largo y duro infortunio, y a los americanos unidos a nosotros por vínculos de la sangre y lazos del idioma, de acicate en la empresa de reivindicar nuestra República, obra en la cual acaso les corresponda una intervención histórica que registrarán los anales como magnífica expresión de hermandad.

Doctor Santos: No son únicamente los españoles reunidos en torno de usted los que le quedan reconocidos por el bellísimo gesto de sentarse entre ellos. Lo somos también cuantos andamos desparramados por el mundo desde 1939, e igualmente lo son, a millones, aquellos que en España aguardan con más ansia aún que nosotros, la hora santa de liberarse del despotismo. En representacin de todos se atreve a manifestárselo a usted la Junta Española de Liberación, y en nombre de ella.—INDALECIO PRIETO, Secretario.

Talleres de la EDITORIAL TOLLOCAN. Mina, 49